

LA NIÑA DE SUS CARNES: RELATO ESPERPÉNTICO

¿Dónde está usted, lector de mi alma, que ni le quiero ver a usted de puro decepcionado que me tiene? ¿Sabe usted para qué le necesito?. Lo sabe usted muy bien: es usted mis alas a la libertad. Si usted me leyera, yo podría...

Usted no sabe que Juanito suda, que suda de amores. Que la niña que a Juanito le tiene a chorros, está muy grave de sus carnes.

Juanito lee; Juanito, sobre todo, piensa: ¡qué aburrido es Juanito, verdad!. Juanito, como todos, como usted, siente; vamos... ¡que tiene sentimientos, Juanito!. Y Juanito se marchó. Sin comenzar siquiera una novela como personaje principal, Juanito se fue.

La niña, de sus carnes, está muy grave. Juanito se fue, pero... ¡quién sabe si pensará en ella! Juanito se fue. Dejó la casa llena de detergente y de galletas, dejó un dibujo de la niña que ocupaba... ¡veinte folios!. A Juanito, la gravedad de *la niña de sus carnes*, a todo eso, le hizo un dibujo – no tenía otra cosa a mano – en más de veinte folios extendidos y unidos en el suelo.

El papá de Juanito, un día, se hizo amigo del papá de *la niña grave de sus carnes*. Es que fueron a casa de Juanito. Uno porque decía, con razón: *¿dónde estará mi hijo?*. Y otro porque pensaba “*tengo que recuperar ese dibujo obsceno, que según leí en el diario de mi hija está en casa de Juanito...*”

Los dos papás entraron en casa de Juanito sin llave, porque *el papá de Juanito* había llamado a los bomberos. *El papá de la niña grave*, cuando vio el dibujo de *la niña grave* en el suelo, tuvo una bronca con los bomberos, que, como son bomberos, no podían apagar el fuego que el dibujo de *la niña grave* les encendió en los ojos.

Mientras tanto, *el papá de Juan* se rascaba la cabeza en la ventana como un tonto, hasta que dijo en voz alta (todos le miraban en suspenso): *pero si yo no soy tonto ni me rasco la cabeza como un tonto ¿por qué me rasco la cabeza como un tonto si no soy tonto...? Ya está – se dijo al fin – ¡Juanito se ha ido! ¡Juanito se fue! ¡Juanito está en “se fue”!*.

¡Juanito se fue! – contestaron todos los bomberos, que tras la bronca, como eran mayoría frente al *padre de la niña grave de sus carnes*, repartieron los folios, y al papá de *la niña de sus carnes* le tocó el que correspondía sólo a los pies de su hija.

Los bomberos dijeron adiós, se marcharon, cada uno con su folio, y esa tarde, en sus dependencias, sorbieron el café, con la boca llena de pan, mientras jadeaban apresuradamente en el aseo.

- Voy a denunciar a los bomberos, ¿me acompaña usted a la policía – dijo el *papá de la niña de sus carnes al papá de Juanito*.
- ¡Claro, yo ya sé dónde está Juan!. ¿No lo ve usted claro, amigo mío? ¡Es que Juan se ha ido! Así que ¿por qué no nos marchamos también, a lo mejor está allí donde vamos, o está en mientras vamos, a la policía?
- Su hijo, señor, dibujó el trasero de mi hija en quince folios, ¿cree que puede estar obsesionado con el trasero de mi hija, o es que mi hija tiene el trasero grande? Sí. Tomemos un atajo, es decir, el camino que no tomaron los bomberos...
- ¡Claro! Juanito se fue.., no por donde se marcharon los bomberos, (o a lo mejor sí), pero es probable en todo caso que lo encontremos por el atajo...

Al salir a la calle los hombres, unos niños jugando al balompié detuvieron a posta el balón frente al portal. Uno de los niños con cara de paté alzó con la punta del pie, suavemente, el balón a medio metro sobre el suelo. Y otro niño con cara de refresco de naranja

empalmó con la pierna izquierda el esférico que, sonando con sordo rumor contundente, fue a parar a la jeta del *padre de la niña de las carnes graves*.

Bien encajado el jetazo, supuso que *el padre de la niña de sus carnes* cayera, y que *el padre de Juanito* se inclinara a ayudarlo; pero entonces los niños recuperaron la pelota para ponerla de nuevo en el punto de penalti...

Otra vez *el niño con cara de paté*, pelirrojo, pecoso y rollizo cargó la bayoneta; y de nuevo, *el niño de cara de refresco de naranja* empalmó de lleno la pelota, lo que quiere decir que, mientras ayudaba a limpiarle los morros ensangrentados al *padre de la niña de sus carnes* por el “balonazo”, el padre de Juanito recibió un “balonazo” en el pecho.

El colmo del balón con sordo rumor le aplanó el pecho al hombre, que, asfixiado, suplicaba con todo dramatismo algo de aire al *padre de la niña de sus carnes*, que ya empezaba a parecerse en la nariz, de vivo rojo sangre, a cierto payaso antiguo de la tele. Mientras tanto, los niños, decepcionados de que un Velázquez no acudiera a pintar tal dos de Mayo, se fueron a la pata coja cantando “*ahora que vamos despacio...*”.

Mientras tanto:

- ¿Qué puedo darte, padre de Juanito?.
- Por favor, no me tutee. – dijo *el padre de la niña de sus carnes*

Por allí pasaba una joven en bicicleta, se detuvo y dijo.

- Si quiere – dijo la joven, muy delgada, con rostro dulce – le puedo dejar este bombín.- y añadió, cortés - ¡Pero, deje, hombre, deje..., ya lo hago yo!... Póngase usted algo de arena para secarse esa sangre, por Dios, ¿o prefiere usted un poco de agua de mi botella que sólo yo uso para beber ...?

La chica, entonces, puso el bombín en la boca del padre de Juanito, y comenzó a insuflarle aire mientras *el padre de la niña de sus carnes* se rociaba la cara con agua de la botella de la *chica amable de la bicicleta*.

- Ya vuelve, ya vuelve a respirar – dijo la joven - ¡ohpss, vaya, creí que se trataba del bombín, discúlpeme!... Oiga, ¿no pensará que yo so una...?

Y la chica se marchó en su bici, y los hombres, limpios y repuestos, observaron con ternura a los niños, que jugaban al escondite.

- Tomemos un batido – dijo el padre de Juanito.
- De acuerdo, para mí de fresa. Podemos ir a la cafetería que está enfrente de la comisaría.
- No pienso denunciar a unos niños por jugar a fútbol y al escondite .
- El golpe en el pecho debe de haberle producido amnesia, ¿Se olvida usted de los bomberos?
- También ellos, los bomberos, son unos niños... Apagan fuegos...
- ... que ellos mismos han encendido – contestó malhumorado el *padre de la niña de sus carnes*. ¡Mire, por ahí viene mi hija!
- ¡Madre mía, - dijo el padre de Juanito al ver a *la niña de sus carnes* - no le queda a usted agua?- añadió, asombrado.
- No, pero puede tomar luego su batido.- dijo *el padre de la niña de sus carnes*.

La niña de sus carnes, llegó. Era de nube blanca su carne, y grande, grande como una esponja con forma de manzana invertida, su trasero.

- Mejor, me haré yo el batido ... - musitó angustiado el padre de Juanito.

Pero no le oía el padre de la niña de sus carnes, que fue a besarla, con ternura, y luego, tras unos diez segundos de espera silenciosa, mudando su rostro con una expresión ceñuda, le preguntó:

- ¿Qué has venido a hacer aquí, pequeña?
- Papá, hoy me he comido todas, todas la cabezas de gallina garrapiñadas que preparaste ayer.., –
- ¿No te apetecería ahora un batido de chorizo? – interrumpió el papá de Juanito.
- ¡Vaya, así que es usted su papá, el papa de Juanito, célebre por sus...
- Batidos de choriza, digo de chorizo, ese soy yo. Es un placer *niña de mis carnes.., digo de tus carnes* – agregó, bajando los ojos como quien los baja a un abismo de deseo.
- Así que haces batidos de chorizo, papá de Juanito – dijo el papá *de la niña de sus carnes*, entre alegre y sorprendido – Yo preparo cabezas de gallina garrapiñadas, verdad nena. - dijo
- Eso es – contestó la joven sin reprimir un gesto de náusea. – Pero, ¿por qué estáis aquí? ¿Y cómo os habéis conocido?. ¿Es que ya sabéis lo de la boda?
- La boda será luego, nena – dijo su padre – ¡eh, qué boda!: Estoy aquí por lo del dibujo... digo... estoy aquí por lo del reflujo, la acidez, ya sabes...
- ¡Así que has leído mi diario! ¡Papá, me prometiste que nunca lo harías...!
- Lo dejaste en el cuarto de baño, nena.
- ¡Está escrito en rollo de papel higiénico!- replicó *la niña de sus carnes*

- No es un buen lugar, jovencita – dijo el padre de Juanito – alguien podría limpiarse el culo con tu diario
- ¡Eso ha tenido gracia papá batido de chorizo! – dijo riendo *el papá de la niña de sus carnes*.
- ¡Ya lo sé *papá cabeza de gallina garrapiñada!*

Ambos rieron más de la cuenta, así que la chica de sus carnes quiso huir de allí, pero debido a la estrecha vigilancia de unos obreros rijosos desde un edificio en construcción, decidió quedarse mientras los obreros sudaban la gota gorda engullendo a palo seco sus bocadillos de sardina.

- Juanito se fue – dijo ella muy triste.
- Lo sabemos – contestaron los papás.
- ¿Así que sabéis que Juanito se fue?
- Lo sabemos
- ¿Y dónde esta?
- En “sabemos que se fue” – contestó el padre de Juanito.
- ¿Y eso, dónde está?. Espero que él haya ido a cortarse el pelo. ¿Creéis que fue a cortarse el pelo?
- No sé si eso queda cerca de “sabemos que se fue”. – dijo el padre de Juanito.
- ...Ni si allí te puedes cortar el pelo – dijo *el padre de la niña de sus carnes*.
- ¿Qué hacemos? – preguntó *la niña de sus carnes* a los papás.

- Tomemos un batido – dijo el papá de la joven.
- Vayamos a la comisaría, y que no sea de choriza, digo de chorizo.- dijo el papá de Juanito.
- Está bien, vayamos a tomar un batido, no a cortarnos el pelo; está bien, no denunciemos a esos críos. Está bien, no denunciemos a los bomberos. ¿Sabes? Quisiera volver ver a esa joven que te insufló el bombín, amigo: era muy guapa.
- ¿Qué joven? ¿Qué críos?, ¿Qué bomberos? ¿Qué comisaría?. Por favor, que alguien me explique algo... Creo que necesito un batido... Papa, ¿no está tu nariz algo roja y ensangrentada, un poco, tu camisa?

Un camión muy grande se detuvo allí, y un tipo rudo con camisa de cuadros bajó de la cabina y corrió hacia ellos.

- Disculpen – dijo - ¿han visto una cabeza roja reluciente rodando en esta dirección?
- ¿Una cabeza, dice? – repuso *la niña de sus carnes*.
- ¡Gloria! –dijo al verla el camionero – Eso he dicho, señorita. Una cabeza roja, flamante y reluciente, conducida por un cretino en dirección sur. Es mi hijo Andrés, ¿o será Luis?. No, me parece que Luis lleva hoy la cabeza azul...

- Hija, a lo que este hombre se refiere – dijo *el papá de la niña de sus carnes* con paternal solemnidad – es a que si hemos visto una cabeza, de camión, de color rojo rodando hacia el sur conducida por su hijo que se llama Andrés.
- Si señor, eso he dicho. Pues qué ha entendido usted, señorita?
- Creía que usted se refería a que si nosotros habíamos visto una cabeza de... ¡Vaya, ahí está, ahí llega la cabeza roja!

La cabeza de camión emitió un bufido limpio en el aire azul de sauna. Dos hombres se apearon de la cabeza y fueron en dirección al grupo.

- Pero si es Juanito – gritó *la niña de sus carnes*. Y alegre, salió corriendo en dirección opuesta a la marcha de los hombres. Los obreros, a lo lejos, se asomaron todos a las ventanas del edificio en obras, y gritaron:
 - ¡Viva esa *niña de sus carnes*!
 - ¡Qué rotunda fruta carnal en movimiento!
- Exclamó, pletórico, Juanito, que era algo poeta.

Ella siguió corriendo, y él, Juanito, en pos de ella, y todos a la vez, mirándola, no mirándolos.

- Pelo y forma, aroma de firme golosina temblorosa, muerte mullida, cara de ángel detallado a la mínima dulzura... - decía Juanito como en trance amoroso.
- Te amo, Juanito. ¿Me querrás siempre? – dijo *la niña de sus carnes* abrazándose a Juanito, rubicundo y menudo.
- Por eso he traído esta cabeza roja, de mi amigo Andrés, para que en ella, tú y yo, vayamos a la iglesia, a contraer nupcias. Pero no estás sola, vida mía. ¡Qué veo, si es mi padre!

Los ojos de *la niña de sus carnes* brillaban de emoción, y su rostro era de una blancura angelical, así posado en la nube de su cuerpo. Seguían mirando los obreros, ajenos a sus labores, aquel colosal movimiento de sus carnes en torno a Juanito. Los niños, por su parte, detuvieron el juego. Entre ellos, el niño de cara de paté dijo que *la niña de sus carnes* era más chula que la misma Mobie Dick. *El niño con cara de refresco de naranja* se acercó a *la niña de sus carnes* y le ofreció su balón en prenda de su admiración.

- Andres, ¿por qué no me dijiste a donde ibas a ir con la cabeza roja? – preguntó el camionero de camisa a cuadros a su hijo.
- Es que era una sorpresa, Padre – contestó el hombre, calvo, con camiseta ceñida de color negro – Ya te cuento luego - añadió...

Poco a poco, los tres papás, todos, en fin, se fueron agrupando. Al fondo, con efecto, rutilaba el camión de rojo vivo. Algunos obreros se acercaron a la reunión y ofrecieron cerveza fría. Otros, sin embargo, seguían comiendo sus bocadillos de sardina en la azotea del edificio, gritando que les llevarán también cerveza fría. *La niña de sus carnes* se sentía tan alegre que le dio un puntapié al balón. El balón se metió debajo de la rueda delantera de la bicicleta de *la chica del bombín*, lo que propició que se diera una buena caída la joven. *El papá de la niña de sus carnes* y *el papá de Juanito* acudieron en su auxilio, pero no se atrevieron a usar el bombín para reanimar a la joven.

Pero la chica no reaccionaba, así que Andrés fue a la cabina de la cabeza roja de camión y tomó de la guantera un bote grande de cacao en polvo.

- Esto la reanimará – Andrés destapó la tapa del bote, e introdujo luego la nariz de la chica en dicho bote –
- ¡Aspire, señorita! ¡Aspire el polvo! – le gritó. Y añadió luego: ¡Papá, ya sabes lo que hay que hacer! – El padre rodeó con sus rudos brazos el delicado torso de la joven y oprimió con un brusco movimiento su tórax. La chica, como por acto reflejo, aspiró con energía una buena cantidad de cacao en polvo. Esto, por supuesto,

le produjo una reacción de asfixia insoportable, ayudando a que recuperara la conciencia de golpe y se pusiera a correr de un extremo a otro de la calle, con las manos rodeando la garganta y los ojos fuera de las órbitas.

El padre de Juanito comprendió que era el momento oportuno de usar el bombín. Con la ayuda del *padre de la niña de sus carnes*, colocaron el bombín en la boca de la joven e insuflaron aire con energía. También creyeron necesario restregarle con arena, por si acaso, el rostro. Y por último, como no tenían agua, y no sabían de dónde sacarla, llamaron a los bomberos, que llegaron al instante y pidieron enseguida a *la niña de sus carnes* que les firmara los folios del dibujo de ella que dibujó Juanito, el cual le dijo a *la niña de sus carnes* que era tarde para eso y que tenían que probar la cabina del camión para ver si cabían bien... Los obreros, al final, viendo que la joven no se restablecía con cerveza fría, la llevaron a la obra y le dijeron que metiera la cabeza en una hormigonera, pero como ella se opuso, y seguía sin poder respirar, no le quedó más remedio que saltar desde la azotea del edificio sobre la lona que pusieron los bomberos, sólo entonces, del susto al caer, se le desprendió el atasco del remedio reanimante de cacao en polvo. Pero los niños esperaban: el niño de cara de paté preparó el balón...

